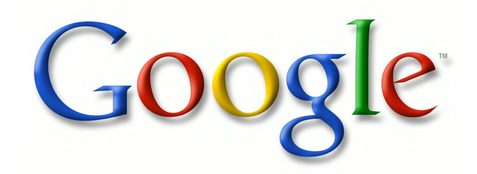

Google

Vicente Medina

La canción de la vida

Segunda edición

CARTAGENA
Tipografía "El Porvenir", Palas 15 y 17
1903

A Manuel Gondra,
Tributo de amistad,
Vicente Medina

LA CANCIÓN DE LA VIDA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

AIRES MURCIANOS *(1.ª serie.)*

AIRES MURCIANOS *(Biblioteca Mignón, 1.ª edición.)*

AIRES MURCIANOS *(Mignón, 2.ª edición.)*

EL RENTO, drama en tres actos. *(Agotada la edición.)*

¡LORENZO!... drama en un acto.

LA SOMBRA DEL HIJO, drama en tres actos.

ALMA DEL PUEBLO.—Cantares.—Estrofas.—Sectarias.

EL ALMA DEL MOLINO, drama en un acto.

DIRIGIRSE PARA LA ADQUISICION DE EJEMPLARES:

A las principales librerías.

Al autor, Mayor, 5, 3.º, Cartagena.

Vicente Medina

La canción de la vida

Segunda edición

CARTAGENA
Tipografía "El Porvenir", Palas 15 y 17
1903

De mí mismo

Mi buen amigo A. Pikhart, Secretario del Tribunal Civil de Praga (Austria-Bohemia), me pidió unos renglones sobre mi vida, para publicarlos en lengua *checa*, á la vez que diera á conocer, traducidos, algunos de mis *Aires murcianos* y composiciones de *Alma del pueblo*. Para complacerle y, de seguro, extendiéndome demasiado, escribí la presente autobiografía que, á falta de otros méritos, tiene el de la sinceridad.

Perdone, pues, el lector si le canso y aburro con esta prosa que, para mí, también tiene su poesía y que bien podría titularse *La canción del poeta*.

*

Mi padre fué de clase modestísima y desempeñó los oficios más humildes: de mozuelo, iba al monte por haces de leña, que traía á sus espaldas, y estuvo sirviendo de mozo de labranza en casa de unos parientes suyos; pero era despejado y se propuso dedicarse á trabajos menos penosos. Entonces aprendió, por las noches, á leer, escribir y contar, y se dedicó á dar lecciones en las casas de campo. Se despertó en él mucha afición á la lectura de romances é historias, y leía cuanto pillaba, gastando sus pequeños ahorros en papeles de estos.

Después fué camarero y empleado en alguna oficina del balneario de Archena (Murcia) nuestro pueblo natal, y en vista de su gran afición á los libros, el administrador del balneario le aconsejó que pidiese algunos á Madrid y pusiese en el balneario un puestecito de ellos. Así lo hizo; luego pidió periódicos también, y yo, que entonces tenía unos ocho años, vendía los periódicos con mi padre, por la calle, las fondas y los cafés, voceando: *La Correspondencia, El Imparcial, El Globo...* Esto era por el año 75; yo nací el 27 de Octubre del 66.

Desde los ocho años á los trece, vendí periódicos en la calle y libros en el puesto, yendo con mi padre, durante los meses en que se cerraba el balneario, á vender libros y romances á los pueblos de la comarca. Estas escursiones las hacíamos á pié y con el hato á cuestas; alguna vez hicimos jornadas de ocho y doce leguas.

A la necesidad de andar siempre entre libros y periódicos se debió mi afición; yo leía mucho para matar el tiempo en mi puestecito, y á los trece años ya había leido repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjeros ya traducidos entonces: Zorrilla, Espronceda, Becquer, Narciso Serra, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dikens, Julio Verne...

Pero, es natural, todo desflorado, saltando lo que me cansaba, cosas buenas sin digerirlas bien... Estas lecturas, sin embargo, dejaron en mí excelente predisposición.

Entonces ya, á los trece años, fuí poeta de original modo: empecé á sentir esos amores deliciosos de la niñez en que se tiene novia sin declararse á ella, tal vez sin hablar con ella tampoco, quizás sin mirarla. Se dice á los amigos, sintiendo profunda emoción, furtivamente, con

gran misterio: «¡Aquella es mi novia, la del vestido azul!» y se añade: «No mires, que puede mirar, no sabe todavía que la quiero!...»

Pues entonces leía yo con mucho afán mis poetas favoritos, y así que encontraba en ellos unos versos que eran aproximada expresión de mi estado de ánimo, de mi sentir, ya los estaba copiando y, *firmados por mí*, los enviaba á la niña del vestidito azul...

*

A los trece años me envió mi padre á Madrid, con el buen deseo de hacer de mí un hombre de provecho.

Fuí á casa de un señor Procurador de los Tribunales, para hacer compañía á un hijo suyo, ir al colegio y á paseo con él y, según propuso á mi padre, estudiar yo, al mismo tiempo, una carrerita corta.... Efectivamente: acompañaba al muchacho, llevaba las togas de los abogados al palacio de Justicia y me dedicaba en la casa á ocupaciones bien modestas... Por las mañanas embetunaba tres ó cuatro pares de botas, luego iba al mercado con la señora, llevando la cesta de la compra, algunas veces acarreaba

el agua, trayendo un cántaro á hombros desde una fuente de la vecindad...

Comprendí cuál iba á ser mi carrera en aquella casa, un día que el procurador me dijo incomodado, porque no le había limpiado las botas á su gusto: «No vas á ser nunca nada! Es necesario que aprendas bien á dar betún, que luego cuando vayas al servicio y seas asistente, no te pesará.»

Me marché de la casa del procurador.

Un día me preguntaron unos señores protectores míos: «¿En qué quieres ocuparte? qué quieres ser?» Y recuerdo que les respondí con la mayor candidez del mundo: «Yo quisiera ser artista.» Se sonrieron bondadosamente:

—¿Artista? pero qué? músico? pintor?... qué sabes?

—Nada, pero yo aprendería.

Me hicieron comprender que el camino del arte era espinoso, lleno de amarguras y privaciones, y me colocaron en un comercio... que prometía más.

En el comercio compraban periódicos atrasados para envolver; yo aprovechaba cuantos momentos podía para cortar y coleccionar los folletines que, á escondidas, leía por los rincones ávidamente... Al año y pico me dejé el comercio, no era aquello para mí... Regresé al pueblo.

La noche de Sábado Santo, en la huerta, los novios ponen á las novias enramadas de flores á la reja... Yo que tenía entonces dieciseis años, también llené de flores una ventana... ¡y entre las flores esparcí versos! Eran los primeros que hacía, incorrectos, pero espontáneos, sentidos... En ellos encomendaba á las flores que hablasen por mí, que confesasen mi ternura á la niña que dormía, en tanto que yo llenaba su ventana de versos y flores...

A partir de entonces hice muchos versos, pero malos, incorrectos, disparatados... Incrustaba en ellos muchas palabras por lo bonitamente que me sonaban y no porque racionalmente se debían emplear... Desconocía en absoluto (y desconozco aún oficialmente), la retórica y poética... ¡así tenía yo teorías maravillosas como la de creer que hacer versos libres, era hacerlos á capricho y con entera libertad de metro y rima!

Con una mediana instrucción y después de haber sido nuevamente vendedor de libros y algunos meses mancebo de botica, á los 18 años ingresé voluntariamente en el servicio militar... En los cuerpos de guardia y en las oficinas hacía versos siempre, aún muy malos; pero ya eran leidos algunos y se me tenía como poeta. ¡Oh suspirado título!

Entonces escribí un drama en tres actos larguísimos...

¡más de cinco mil versos en octavas reales, quintillas, redondillas, seguidillas!... Cuando pienso que aquello estuvo á punto de estrenarse!...

Fuí á Filipinas en donde estuve poco más de un año... mi gusto literario se depuraba lentamente... No tenía quien me aconsejase y dirigiese... Yo buscaba con afán alguien que, después de leer un trabajo mío, me digese con claro juicio: «Esto es malo... esto es bueno... es bueno ó malo, por tal ó cual cosa.» Pero no encontraba este censor y maestro soñado por mí; en cambio tropezaba con los que hablan mucho siempre y nunca dicen nada:

—¿Qué me dice usted? Hable usted sin reparo... No le importe señalarme defectos... Yo deseo corregirme y aprender.

—Pues le diré á usted, ¡claro! en la composición se nota inexperiencia ¡es natural! usted principia ahora... tiene defectillos, incorrecciones... pero algunas cosas son bonitas...

—¿Es larga la composición...

—Tal vez.

—¿El cambio de metro...

—Acaso.

—¿Las asonancias...

—Sí, puede ser.

—¿Entonces...

—Usted escriba... escriba y emborrone mucho papel, que así es como se aprende.

—Muchas gracias.

*

Regresé de Filipinas, tomé la licencia y volví al pueblo. Tenía entonces 24 años.

Traté de vivir con un pequeño comercio de tejidos en otro pueblo cercano, adonde iba con un borriquillo que me llevaba la carga. No pude sostener mucho tiempo aquel lujo de caballería, porque era demasiado gasto el del pienso, y no me quedó otro camino que llevar yo mismo mi fardo á cuestas... A pesar de la economía y de andar á diario de tres á cuatro leguas con mi tienda al hombro, no podía vivir y tuve que emprender nuevos derroteros.

Hice mi corto equipaje y, con los primeros cuadernos de algunas obras de casas editoriales de Barcelona, y re-

suelto á embarcarme para Orán (Argelia francesa) en donde pensaba dedicarme al negocio de suscripciones ó á lo que fuese, vine á Cartagena; pero algunos buenos amigos de aquí me disuadieron de seguir tal aventura, aconsejándome que me quedase en esta ciudad donde me ayudarían para que hallase un destino. Así lo hice y, después de un mes de apurillos y desalientos en que estuve á punto hasta de hacerme carabinero, encontré colocación en una oficina comercial cuyo dueño era propietario á la vez de dos periódicos: *La Gaceta minera* y *El Diario de Cartagena.* En la redacción de este último conocí á José García Vaso, crítico literario, futuro abogado entonces, joven y de ideales como los míos... Desde aquel momento se hizo mi orientación literaria.

—Deseo que lea usted mis versos y me aconseje,—le dige.

—Tráigalo usted todo y lo veremos.

Le llevé dos ó tres cuadernos y un paquete de cuartillas... su franca naturalidad me había conquistado, simpatizamos en seguida... Leía... sus observaciones eran claras, precisas, resueltas... me explicaba el suspirado *por qué* de las cosas:

—Èsto es malo, de mal gusto, por ésto. Aquí hay una

idea bonita, pero la forma es deplorable... Esto está confuso, esto es anodino, aquí la contradición es evidente... Asonanta usted versos impares, estas asonancias dentro de verso perjudican...

Y continuaba:

—Hiatos, cacofonías!... nada, nada!... esto hay que limpiarlo mucho... estas trasposiciones y estas ampulosidades no pueden ser... Sencillez, naturalidad, espontaneidad de la frase, como aquí, este cantar es muy bonito:

«No he tenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á tí!»

Este cantar lo escribía yo en una carta, desde el Archipiélago Filipino, á la niña del vestidito azul, que ya me había olvidado...

Mis composiciones, en su mayoría, creo que todas, están tomadas de la realidad, de mí, de otros, vividas, sentidas, lloradas... Sentí *Murria* en Filipinas, *Cubierta de flores* es la historia de aquel amor que me hizo poeta, *¡Tóico!* una verdad amarga de aquella misma historia...

*

A partir de mi conocimiento con García Vaso, me dejé arrebatar por mi pasión literaria, que era más grande cada día, y escribí mucho y sin ton ni son: cuentos, artículos, versos cómicos ó tristes... En prosa, imitaciones de Selgas; en verso, imitaciones de Rueda, Campoamor y otros... Todo aquello lo veía Vaso y podía pasar por el momento; pero no se podía señalar en aquellos escritos nada saliente, original, personalidad literaria... Solo, de vez en cuando, alguna nota sincera, sentida... algún arranque impetuoso...

En lo que más alabanzas encontré de Vaso, fué en los cantares; esto y el entusiasmo que yo había sentido siempre por Trueba, me inclinaron á la poesía popular.

También hice algunas composiciones de espíritu social moderno, que le gustaron á mi amigo: son las que componen el grupo de *Sectarias* en *Alma del pueblo*.

A todo esto, mis producciones solo se publicaban y conocían en la prensa local de Cartagena: *El Diario de Cartagena, El Republicano, Cartagena, Las Noticias* y *¿...?*

Este último, semanario satírico fundado por Vaso, otr
amigos y yo.

En aquella época y desde hacía bastante tiempo, m
hormigueaba el deseo de escribir una obra dramática d
costumbres murcianas y en el lenguaje típico de la hue
ta. Ya con Vaso había intentado yo hacer algo de esto e
colaboración; pero nos desanimamos al ver que Fel
Codina estrenaba *María del Carmen* con un argumento p
recido al que nosotros íbamos á emplear. Entonces fu
cuando concebí *El rento* y empecé á madurar su plan. Y
sentía un cariño que rayaba en ternura, por el lenguaje t
pico murciano, y se explica este sentimiento porque aqu
era mi lenguaje natal y porque en Madrid, cuando m
carcomían las primeras y más hondas nostalgias de la ti
rra, lo evocaba leyendo *El panocho*, periodiquín en ve
so y en lengua huertana, publicado en Murcia. Por cie
to que me indignaba al leerlo, muchas veces, porq
el periodiquín, que era cómico, exajeraba el lenguaje
los huertanos, afeándolo y haciéndolo ridículo.

—Es lástima!—exclamaba yo—estropean un lengua
que es puro, delicado, tierno...

Cuando tuve esbozado *El rento*, me propuse hacer un
estudios del lenguaje que iba á emplear en él, escribien

algunos romances en el habla de la huerta. El primero de estos romances fué *La barraca*, y animado por el èxito que alcanzó entre mis amigos, le siguieron *En la cieca, La novia del sordao, Isabelica la Guapa, Carmencica...* Gustaban siempre y me animé. Habían nacido los *Aires murcianos.*

Terminé *El rento* y se estrenó en Cartagena con el título *Santa,* por vía de ensayo. Gustó en general, y, con la experiencia de la representación, lo corregí cuidadosamente.

Desde entonces quedó definido claramente mi carácter literario. Géneros: la poesía y la dramática. Escuela: la naturalista. Asuntos: la vida actual, sus luchas, sus dolores, sus tristezas. Tendencias: radicales. En mi labor, dos literaturas, al parecer: regional y general; á mi entender, una sola: la popular.

*

Hice una edición de *El rento* de 100 ejemplares: vendí 50 de estos á los amigos para pagar la tirada, y los 50 restantes los envié á los críticos y á la prensa de gran circulación. A los dos ó tres días, Martínez Ruiz salía en *El Progreso* con un artículo elogiándome mucho como autor

dramático, y me escribía una carta cariñosa. Esto me alentó y le envié un paquete de mis versos en recortes de periódicos de Cartagena. Sin hacerse esperar, publicó un segundo artículo en *El Progreso* alabando mis poesías, me dió á conocer entre sus relaciones literarias y me brindó las columnas de *Madrid Cómico*.

Todo marchaba bien... Publiqué entonces un tomo de *Aires murcianos* y, á poco, el editor Bernardo Rodríguez Serra, hizo, de *Aires murcianos* también, el primer tomo de su biblioteca *Mignón*. Por este librito, realmente, me di á conocer y de él hablaron con excesiva bondad Bonafoux, Leopoldo Alas (Clarín), Urbano González Serrano, Pedro Corominas y otros.

*

Alcanzados tales éxitos abrigué la ilusión (¡oh vanos sueños!) de vivir de mis trabajos literarios, y entregado á ellos exclusivamente con la calma y atención que requerían; pero, aunque la intención era excelente y mis aspiraciones bien modestas, no he conseguido sacar los piés del plato. Vivo y sostengo mi familia, como entonces

trabajando ocho ó nueve horas diarias en dos oficinas, una comercial y otra del Estado, con lo que reuno el modesto sueldo de 200 pesetas mensuales.

Desde aquella época he producido, además de los libros que se conocen, tres tomos de poesías y varias obras dramáticas, aún sin editar.

Tenía la esperanza de que, con los rendimientos de una obra dramática que tuviese éxito, podría emanciparme; pero no consigo lo principal, que es estrenar obras en Madrid.

En cuanto á los libros, no se venden; excepto el tomo *Mignón,* todos están editados por mi cuenta y ellos se comen, no solamente lo poco que cobro por la publicación de versos en periódicos y revistas, sinó algo también de lo que gano escribiendo cartas comerciales y haciendo guarismos y facturas.

En estos momentos acabo de editar *El alma del molino,* drama de costumbres murcianas... ¡para ayudarme á pagar la edición, escribiré una cartita á treinta ó cuarenta amigos (creo que no son tantos los que tengo) rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta!

Cartagena 19 de Mayo de 1902.

A mi musa

Pobrecita musa mía
desolada,
plañidera humilde musa que dolores y tristezas
solo canta,
vete lejos que importunas...
musa triste, vete lejos que nos cansas...

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...

nuestra risa con tus aires melancólicos apagas
y nos tornas pensativos
y provocas nuestras lágrimas...

No es tu tierra, pobre musa de los tristes,
la feraz y exuberante tierra cálida
donde suenan incesantes é incesantemente frívolas,
como alegre loca música, las sonoras carcajadas...
Busquen eco tus monótonas canciones
en países nebulosos donde reinen otras almas...
allá lejos
entre lagos y montañas
donde entonen los juglares tiernamente
sus baladas...

Musa simple y primitiva sin brillantes atavíos
ni elegancias
y que copias de la vida...
¡musa cándida
que permites que se entienda cuanto dices,

sin enigma ni sentido impenetrable en tus palabras,
vete lejos, ó por otros
tus sencillos temas cambia!...
Deja en paz á los felices...
¡gime á solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

¡Vete lejos!...
vete ó canta
las antiguas tradiciones
de la guerra y de la patria...
¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza
que en gloriosos timbres luce la viril valiente raza!...
Sacrifica tus ingenuos arrebatos...
¡Inocente musa, calla
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,
lo asqueroso, lo que sangra!...

Pobrecita musa mía, musa triste,
vete ó canta
la bondad de los humildes resignados

y la hermosa caridad que los ampara,
¡las venturas y el sosiego de la dulce
vida plácida!...

No repitas tus canciones
melancólicas y amargas,
que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorada!...



Canto...

Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!

Cuando infantiles
mis carcajadas suenan alegres;
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas

que sobre todas las flores vuela,
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;
también entonces amargamente canto, bien mío,
¡le canto amores
á una alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

Cuando en la prosa vil de la vida la hiel apuro;
cuando en la farsa del mundo necio soy comediante;
cuando al empuje de los humanos troto entre bestias,
también yo canto:
las de las madres que á sus pequeños enfermos duermen
son mis canciones en esas horas...
¡son el arrullo de mi tristeza
que es como pobre niña enfermita!

Cuando acaricio tu carne blanca;
cuando retengo furiosamente
tu cuerpo débil entre mis brazos,
canto canciones desesperantes...
¡canto, alma mía, deseos muertos!

Y cuando lloro, son mis canciones las más alegres,
son mis piadosas santas canciones...
¡las aguas puras de misteriosas fuentes serenas
en donde calman su sed los tristes!...

También durmiendo canto, bien mío:
canto en mis sueños mis ilusiones,
porque despierto
jamás consienten que me las forje las realidades...
Yo canto siempre
¡y es una sola canción mi vida!



¡Cabecita loc

¿Por qué ese hociquillo?
¿por qué estás llorosa?
¿por qué tu pañuelo rompes con los dientes
y estás nerviosilla, cabecita loca?

No te pongas triste... no anubles el cielo

bonito y alegre de tu cara hermosa...
no frunzas el ceño, nubecita mía,
¡deja que en tu frente se ría la aurora!...

Tú te pones triste, porque aquel mozuelo
que tú quieres tanto, se divierte y goza...
tú frunces el ceño y estás rabiosilla,
porque estás celosa...
Deja que el mozuelo
se divierta y corra...
verás como vuelve luego que se canse...
¡verás como vuelve, cabecita loca!

. . . .

. . . .

Ya pasó el chubasco, nubecita mía...
¡te enojó el mozuelo y él te desenoja!
Ya pasó el chubasco y en los dos hoyitos
de tu cara linda, la risa retoza...

Ya pasó el chubasco, pero yo estoy triste...
ya ves tú qué cosas...
¡Yo no soy quien te quita el enojo,
nubecita mía, cabecita loca!...



La malvaseda

Apenas huele la malvaseda
de mi balcón;
pero es sufrida y en todo tiempo
me dá su olor.

Con poco vive y ama la vida... ¡Ama la tierra!



¡Como unos brazos de enamorada,
tiernas raíces en ella echó!...
¡Son su alegría la fresca lluvia,
los aires puros
y los ardientes rayos del sol!

Su aroma es dulce, sencillo, honrado...
huele á los campos donde parece que se crió,
y se desprende de su perfume
como un aliento de vida plácida,
¡como soñada remota voz!

No es ostentosa la malvaseda,
mas tiene gracia y es, aunque humilde, sólida y fuerte;
si no descuella su delicada modesta flor,
la planta pródiga se dá en sus tallos, se dá en sus hojas,
¡toda perfume, de las raíces al corazón!

Acariciando las hojas suaves,
¡oh, cuántas veces, como á los besos agradecidos,

de rico aroma la mano amiga se embalsamó!...
¡Como una cosa que sufre y ama,
honda ternura me hace que sienta
la malvaseda de mi balcón!



¡Como la nieve

Ganando voluntades
voy poco á poco
para ver si la tuya
ganarme logro...

Ya no murmura nadie
porque te quiero

ni porque ven que á verte
de noche vengo;

las ranas y los grillos
siguen cantando,
por más que cerca de ellos
suenen mis pasos;

no me hieren las zarzas
de los caminos;
¡pienso que, al vadearlo,
se amansa el río!...

. . . .

Ganando voluntades
voy poco á poco
para ver si la tuya
ganarme logro...

Ya no ladran tus perros

al acercarme,
viene á mis piés el gato,
duerme tu madre...

Calor me presta todo...
todo me quiere,
¡menos tú, siempre fría
como la nieve!



Cómo hablan las madres

—Cuento diez hijos,—
dice la madre
—me viven siete,
cinco casados.
¡Lo que se goza con los que viven!...
¡lo que se sufre con el recuerdo de los que faltan!...—

Y en sus ternuras que son de mieles,



gotas destila de hiel la pena...
De los que viven relata cosas con embeleso...
¡pero la nota de los que faltan
se escucha siempre como un gemido!...

Dice la madre:
—De los que viven estoy contenta,
son buenos hijos y no les falta salud ni suerte;
pero aunque goce por este lado,
¡no se me olvidan nunca los otros!

Tengo mis nietos,
tan revoltosos que algunas veces
me hacen que ría con sus diabluras y con sus gracias;
pero hay entre ellos una rubita de ojos azules,
roja lo mismo que los madroños,
cuya presencia me pone triste...
porque es en todo la viva imagen
de una hija mía que se llevara Dios á los cielos
¡ya mujercita!...

Yo sé que hay pocos como mis hijos...
de estos que viven, uno es un santo por sus virtudes,
tiene talento que causa asombro;
pero de fijo no fuera en zaga por sus bondades
otro de aquellos...
¡de los que duermen bajo la tierra!

Los dos mayores de los casados ya tienen canas,
y siento gozo de verlos fuertes;
¡pero tendría ya de seguro,
de uno de aquellos tres que no viven,
biznietos grandes!

¡Lo que se goza!...
¡lo que se sufre!...
Cuando á mi mesa logro reunirlos,
uno por uno los voy contando...
jamás me sale cabal la cuenta...
¡faltan los otros!—

La caja linda

I

Fiestas reales
hay en la casa
y están alegres hasta las peñas
de la cañada
cuyos despiertos ecos repiten,
en la profunda noche tranquila, las risotadas...

Es que el bautizo de su pequeño

celebra alegre, con toda pompa, Tomás, el guarda,
y es tan buenazo Tomás que, al darle Dios este hijito,
que es el primero, colma sus ansias.

Blasa, su pobre mujer, sonríe
desde la cama,
donde en los brazos tiene al pequeño,
cuya carita como una rosa fresca resalta
sobre la ropa,
como la propia nieve de blanca...
Blasa sonríe
de ver al pobre Tomás que lleno de gozo baila.

. . . .

. . . .

II

Por la vereda
de la cañada,
se acerca un hombre, que aún viene lejos,
y por las trazas

es, de seguro,
Tomás el guarda...
Alguna cosa
vistosa y maja
trae bajo el brazo... Es una cosa de azul de cielo
y al sol reluce cual si tuviera cantos de plata...
Ya me figuro lo que es: sin duda,
Tomás, del pueblo vuelve á su casa
y es lo que trae para el pequeño
que dicen todos que está que encanta.
¡Oh, qué contento traerá el costoso juguete el pobre!
Me lo imagino, viene que salta...
piensa en su nene
que se alboroza con el regalo que no esperaba...
piensa en la madre que, envanecida,
con toda el alma,
le dice: «¡Has hecho divinamente!... ¡poco me páece
pal hijo mío, la gloria misma que le compraras!»

. . . .

. . . .

Tomás se acerca...
ya se vé claro que es una caja
lo que debajo del brazo trae...
de azul de cielo... con relucientes cantos de plata...
linda... ¡muy linda!...
¡pero es de muerto la linda caja!

. . . .
. . . .

El golpe sienten hasta las peñas
de la cañada
¡cuyos despiertos ecos repiten, en la profunda
noche tranquila, los dolorosos ayes de Blasa!...



El cuento de nunca acabar

Me contaba sus cuitas el triste...
dolorosa historia
que infinitas veces me contara ya:
penas, desalientos...
la historia de siempre,
¡sin fin, como el cuento de nunca acabar!

Yo me la sabía toda de memoria;

de tanto escucharla,
la aprendí del principio al final;
pesada, monótona, ¡la historia de un triste!...
lamento de angustia
que fin en la vida no espera jamás...

Y él me la contaba sabiendo á conciencia
que yo la sabía... ¿mas qué le importaba
si en él era el caso contar y contar?
Como fuente cautiva en las peñas,
manaba y manaba cuando hallaba cauce
por donde sus aguas corrieran en paz,
y yo lo escuchaba como el cauce abierto
que alivia la fuente
y oyendo las cosas que cuentan las aguas
las deja pasar...
¡Contaba y contaba la historia de siempre,
sin fin, como el cuento de nunca acabar!...

Las acacias

Ya no vive nadie en ella
y á la orilla del camino silenciosa está la casa...
se diría que su puerta la cerraron para siempre,
que cerraron para siempre sus ventanas...
Gime el viento en los aleros,
desmorónanse las tapias...

¡á su puerta cabecean tristemente,
combatidas por el viento, las acacias!...

¡Todo ha muerto! los cantares y el bullicio... Se marcharon
los que fueron la alegría y el calor de aquella casa...
Se marcharon silenciosos... unos, muertos...
otros, vivos, que llevaban
¡desdichados!
muerta el alma...
Se marcharon silenciosos... ¡silenciosa
despedíalos la casa!...

¡Todo ha muerto! Por señal de vida, en torno,
solo quedan las acacias,
que movidas por el viento cabecean tristemente
y á lo lejos se destacan
como seres misteriosos que abatidos
una historia de tristezas comentaran.

. . . .
. . . .

Dolorido, fatigado de este viaje de la vida,
he pasado por la puerta de la casa...
el silencio de la noche y el silencio de la muerte
por el viento quejumbroso solamente se turbaban
¡y la historia de tristezas,
abatidas me han contado las acacias!...



Sin consuelo

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
Hay quien tiene secos los ojos... ¡y el llanto
por dentro le ahöga!...

Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
Hay quien en sus ojos nunca tiene lágrimas
¡ni sonrisas jamás en la boca!



Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
¡Hay quien se deleita
devorando sus penas á solas!

. . . .

. . . .

Cuando la desgracia
cruél nos acosa,
me dice mi madre con hondo suspiro:
«Si tu padre alzara la cabeza ahöra!...»

Y si la fortuna
favorable sopla,
mi madre suspira también y repite:
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahöra!...»

. . . .

. . . .

¡Pobre madre mía

que ni del consuelo de quejarse goza!...
Mi padre se ha muerto,
mi madre no llora...
yo sé por qué tiene tan secos los ojos...
sé por qué no tiene sonrisas su boca...
sé por qué se esconde
y está siempre sola!...

Mi padre se ha muerto...
¡cuando todos duermen, mi madre solloza!

. . . .

. . . .



MIS AMORES

I. Mi reina de la fiesta

II. En la senda

III. La cita

Mi reina de la fiesta

Verás... Yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra...
que aquel romero triste de pálidos verdores
y de áspera corteza
que, desmedrado y viejo,
de flores, todavía, se viste en primavera





y todavía ofrece su néctar delicado
que buscan las abejas.

. . . .

¿Que quieres que haga versos?
¡Pues he de hacerte versos y tantos como quieras!
Yo romperé mi lanza
luchando en el torneo brillante de las letras
y venceré en la lucha para que tú sonrías...
¡para que tú lo veas!
Tú me verás intrépido: para lograr el triunfo
he de agotar mis fuerzas...
Tú me verás magnánimo tirar todo un tesoro:
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!
Me voy haciendo viejo
como el romero triste del alto de la sierra;
pero aún me quedan flores y néctar delicado
que dar á las abejas!

. . . .

Yo lucharé aunque sufra sangrando por la herida
que tengo en lo profundo del corazón abierta,

mas quédese en secreto si alcanzo la victoria,
y *aquel* y tú sabedlo... ¡que nadie más lo sepa!
Yo quiero, si es que triunfo, que seas elegida
la reina de la fiesta
y quiero que te elija, ciñéndose triunfante
mis lauros de poeta,
el mozo aquel que adoras,
aquel que en tus ensueños con sus amores reina.
¿Que es esto un sacrificio?
¿Que acaso no me falten amores que merezcan
de mi glorioso triunfo
la delicada ofrenda?
Verdad que no me faltan amores, que en amores
cifré mi vida entera;
pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya á mi lado vuelvan.
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los añosos álamos se desprendían secas...
¡se fueron una tarde con sus azules ojos,
con sus miradas tristes, con sus sonrisas tiernas!

Se fueron y no vuelven...
Há tiempo que me espera
la niña encantadora de los azules ojos,
de las miradas dulces, de las sonrisas tiernas...
Há tiempo que me aguarda ¡durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!



En la senda

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡parece que un sueño
fué solo la ausencia!...

Todo está lo mismo:

con sus frescos verdores la huerta...
la orilla del río con sus ruiseñores...
la casita blanca... la tupida reja...
trillado el camino...
sembrado de huellas...

Todo está lo mismo que entonces; desliza
su corriente tan mansa la acequia,
que bien se podría decir que paradas
se quedaron sus aguas serenas...
¡Todo está lo mismo... los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan!...

Parece que el tiempo no pasa... La gente
no olvida un detalle de la historia nuestra,
y, con embeleso, todo aquel idilio
de nuestros amores reláta y comenta...

De la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja,

plantaron un tallo que se hizo una mata...
¡qué cosas más tristes su olor me recuerda!...
Me parece ese olor el aroma
que dejaste, al pasar, en la senda...
¡qué aroma tan triste!...
¡qué sabor tan tuyo, tan íntimo deja!...

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo
como si ahora fuera...
Cantando y dichoso
corría la senda,
y tú me esperabas...
¡ya nadie me espera!

. . . .
. . . .

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
no se vá por ella!

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
No es la misma el agua que vá por la acequia
ni los mismos los frescos verdores
que tuvo la huerta...
Tampoco es la misma la casita blanca,
cambiaron la reja,
y ya no la cubren
las enredaderas...
¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño
de dolor la ausencia!

. . . .

. . . .

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
Recuerdos lejanos en mí se despiertan
al fragante aroma de la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja...
Tu calle, tu casa, la tapia del huerto,
la orilla del río, la callada senda...
¡todo se embalsama con el triste aroma

de la mata aquella,
y me siento el alma
saturada de la honda tristeza
de que se impregnaba tu mirada amante,
tu sonrisa tierna!...
Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
¡Ojalá que fuera
verdad que parado
se quedó en la senda!...

Los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan,
mas no son misterios de amores felices
como antes contaban... ¡sus rumores llevan
los vagos misterios
de las cosas muertas!...

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
Trillado el camino... sembrado de huellas...
pero no son tuyas ni mías, que hoy vuelvo

¡y ya no me esperas!...

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
no se vá por ella!!



La cita

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
de los amores nuestros, la cita venturosa
más tarde ó más temprano de fijo ha de cumplirse.

¡Nos hallaremos juntos, por fin, amada mía!...

¡Nos hallaremos solos!... ¡Nos hallaremos libres!...
¡Aquellas inefables ternuras de mi espíritu,
que de él nunca salieron, podré entonces decirte!

Comprenderás entonces aquellas amarguras...
aquellas tiranías de esclavo, incomprensibles...
aquellas despiadadas torturas del cariño...
aquel feroz encanto del goce de lo triste...

Comprenderás entonces aquellas incoherencias...
aquellos desvaríos... aquellos imposibles...
por qué ríen las almas cuando los ojos lloran...
por qué lloran las almas cuando los labios ríen...

Yo tengo fé y aguardo, que es tal mi confianza
que en nadie tuvo nunca más hondas sus raices;
espero en esa calma discreta en que recogen
con celo codicioso su pena los humildes.

No temo la insidiosa mortificante duda...

no temo ya los celos con su demencia horrible...
no temo tus desvíos, ni temo mis afanes...
¡la fé de que me esperas, de todo me redime!

No temo ya el olvido... no temo que sus nieves
las ansias infinitas de mi pasión enfríen...
¡Nos unen de tal modo la ausencia y el cariño!...
¡Te vivo en la nostalgia de cosas tan felices!...

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas...
la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!...
Yo tengo fé y aguardo... ¡la venturosa cita
de los amores nuestros de fijo ha de cumplirse!

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
más tarde ó más temprano nos juntará la suerte...
¡más tarde ó más temprano, también he de morirme!

¡Bendito sol!

Al despuntar el sol que centellea
sobre los anchos muelles de la ría
que blanquean cubiertos
por el helado manto de la escarcha,
la tropa de rapaces vagabundos,
lo mismo que bandada de gorriones,
baja desde sus nidos de miseria...



—¡Buen día! ¡Buen día!—
dicen aleteando...
Y se abren y se esponjan
lo mismo que las aves,
sacudiendo sus pobres
entumecidos miembros,
á la dulce caricia
del sol, padre de todos.

—¡Buen día! ¡Buen día!—
repiten con alegre charloteo,
—¡Aquí, que hay solecico!—
Y vuela la bandada
de un lado para otro,
buscando los abrigos de los muelles,
calentando sus manos ateridas
con el vaho caliente de sus bocas.

. . . .

¡Oh, sol, pródigo sol! ¡Oh, sol bendito,

que amándonos á todos
haces amar la vida
y haces creer y confiar en ella!
¡Oh, redentor augusto
y alegría piadosa de los pobres!

. . . .

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
dicen los cargadores animados
en la ruda tarea,
por el ardiente beso
del sol enardecidos...
—*¡Ande, muchachos, ande, que el buen día*
hay que meterlo en casa!—

Y en medio del trajín y entre los sacos
que henchidos se revientan y se vierten,
pululan los rapaces,
que en todo picotean,
astutos y taimados

como pájaros listos
que siempre se hallan prontos
á levantar el vuelo.

Mujeres incitantes,
cual sazonada apetitosa fruta,
y precoces mozuelas,
á todo, como el sol, alegres ríen
y triscan y bromean con los hombres
que en el trabajo á veces,
también como rapaces,
ratos de esparcimiento merodean...

Helados, viejecitos,
puestos al sol, se animan y sonríen
melancólicamente...

Y todo como el sol y á su caricia
al alborozo de vivir se entrega.
Gozad, pájaros listos,

picotead contentos,
que se vierte la vida en todas partes...
Mujeres y mozuelas
que á todo, como el sol, reís alegres,
reid sin freno alguno...
Míseros hombres del trabajo víctimas,
dóciles é infelices,
podeis merodear esparcimiento...
Tomad el sol, helados viejecitos,
sonreid todavía...
¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!...
Inúndanos á todos,
¡oh, redentor augusto!
¡oh, piadosa alegría de los pobres!



¡He corrido por los campos!...

¡He corrido por los campos!...
he gozado la caricia saludable de los vientos,
me ha besado el sol augusto reanimando mi aterido
débil cuerpo...
¡me he sentido en el regazo de la madre soberana
y mis labios anhelantes á la vida se han abierto

en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
bajo el manto de los cielos!

. . . .

. . . .

He corrido por los campos con mi amada compañera
y he gozado de sus risas celebradas por los ecos...
Infinitos, como rutas venturosas de la vida,
se ofrecían los senderos...
Los ramajes atraían como nidos misteriosos
y, forzados por nosotros, los ramajes se han abierto...
¡En el fondo de los valles y en los altos de las lomas,
de flor llenos,
ostentaban su blancura,
como galas virginales de la tierra, los almendros!

He corrido por los campos
y han venido á remozarme la alegría y los deseos...
¡he sentido enriquecerse de energías varoniles
mis alientos!...

De mi débil compañera,
por los sitios escabrosos, he llevado el dulce peso:
¡en mis brazos la he llevado por las trochas y los riscos
y á través de la espesura de los pinos gigantescos!...

Hemos ido hasta el barranco y ascendido á la ladera
por el sol enardecidos y oreados por el viento...
nos zumbaban las abejas que buscaban afanosas
las dulzuras de sus mieles en la flor de los romeros...

¡Hemos ido hasta el barranco!... la feraz naturaleza
rodeábanos solemne como un templo...
sometidos á sus leyes, devorados por la llama
del eterno amor fecundo nuestros pechos,
se han juntado delirantes nuestras bocas
y la vida han consagrado nuestros besos
en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
¡bajo el manto azul riënte y apacible de los cielos!

¡Benditas ondas!

La bulliciosa turba de niños
al mar se acerca como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,



tiemblan las ondas alborozadas,
¡ríe la vida!

. . . .

. . . .

Mi compañera, lánguidamente
buscando apoyo sobre mis hombros;
yo en sus megillas, como manzanas
de puro rojas, dando mordiscos...
riendo alegres, correteando por los senderos,
hasta las negras húmedas rocas que el mar combat
nos hemos ido, y en los recodos de los peñascos
hemos buscado la fresca sombra
como pareja de enamoradas aves marinas...

Sobre las peñas, sobre las limpias peñas lavadas,
hemos dejado nuestras molestas ropas ridículas
y en soberano libre albedrío fervientes hemos
hecho en el ara de la grandiosa Naturaleza
¡la ofrenda pura de nuestras carnes!

—¡Oh qué blanquísima!—digo á mi amada—
carnes de nieve, carnes de mármol,
carnes de nácar... ¡oh qué blanquísima!
yo soy el risco,
tú eres la espuma!—

Y entre mis brazos al mar la llevo...
las ondas ríen,
besan la carne que se estremece voluptuösa,
de misteriosos amores hablan en sus murmullos...
Y nos reimos también nosotros ruidosamente...
las ondas ríen, ¡ríen inquietas como temiendo
que nuestras risas fueran fugaces!...

¡Ríen las ondas, dan alegría!
su aliento sano nos hace fuertes,
nos alborozan sus alborozos
y, juguetones, niños volvemos
á ser en ellas...
¡Benditas ondas que nos devuelven á nuestra infancia!

¡Benditas ondas!...
¡¡dan alegría!!

. . . .

. . . .

—¡Oh, ven, volvamos al mar, hermosa! Mira los niños:
al mar se acercan como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,
tiemblan las ondas alborozadas,
¡¡ríe la vida!!



La canción de las frutas

De frescos tonos,
en todos los colores, en todos los matices,
doradas por el sol, exhuberantes,
sus excelencias y su abundancia
serenamente cantan las frutas:

«Somos las hijas de la verde fronda...



»fuimos hermosas flores,
»y hubo tiernos poemas
»de amor en nuestros cálices...
«Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»tomadnos todos
»¡nos damos pródigas!

Y pródigas se ofrecen
¡son exquisitas!
Llénate, hermosa mujer, el halda...
ven y entre besos—frutas de amores—
también comamos las dulces frutas
que dá la tierra... ¡Oh, madre tierra,
fecunda tierra, Dios te bendiga!

¡Se ofrecen pródigas!
A las ciudades va su tesoro,
las multitudes comen voraces...
¡Oh! no comedlas, ingratos hombres,

no amais los campos,
no habeis abierto sus hondos surcos
ni vuestras frentes sudado en ellos!...
¡no amais la tierra!...

¡Oh, qué hermosura!
las ramas fuertes están rendidas
y á nuestro paso la dulce carga brindan espléndidas...
¡Mira qué pomos! en nuestras frentes
dan incitantes, como llamándonos...
¡Oh, sanas frutas!
¡cómo impacientes de que las coman,
maduras caen!...

Mujer hermosa, ven y seamos como las frutas,
ven y vivamos entre las frondas,
ven y cantemos;
nuestras canciones serán hermanas de sus canciones,
de amor henchidas...
ven y cantemos también nosotros:

»Fuimos hermosas flores
»y hubo tiernos poemas
»de amor en nuestros cálices...
»Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»¡tomadnos todos!»



La canción de la vida

En el monte oloroso tapizado
de aromáticas yerbas
y dominando el mar; sobre las rocas
que las blancas espumas festonean;
sobre los lechos blandos
de la menuda arena,

las bulliciosas turbas
de los días de fiesta
forman corros alegres
y en soberana libertad meriendan.

Huyen de la ciudad... van como esclavos
que rompen sus cadenas...
Huyen los abatidos
que taciturnos la ciudad encierra...
huyen como esas aves
que hácia otros climas afanosas vuelan...
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta
madre Naturaleza
que acógelos á todos
envanecida de su prole inmensa!...

Huyen de la ciudad... ríen y gozan...
los baña el sol y el viento los orea...
Los fatigados cuerpos
pronto recobran sus perdidas fuerzas,

en alborozos cándidos
olvídanse las penas
y son todos los hombres más apuestos
y las mujeres son todas más bellas.

Forman corros alegres... ¡son familias!
su libertad y su vivir celebran:
comen, ríen y gozan,
abren puesto al festín á quien se acerca
¡y á los que pasan lejos
llaman á voces con jovial franqueza!

¡Familias venturosas
que á la plácida vida se despiertan!...
¡Corros, alegres corros
dispersos en el llano y en las peñas!...
A la luz de los cielos que amorosa
los acaricia y besa,
y en medio de los campos que riëntes
á su invasión se entregan,

parecen grandes flores...
¡flores en todo su esplendor abiertas!

. . . .

. . . .

Radiante de alegría,
corriendo tras su esposo placentera,
grita una joven madre que en sus brazos
un niño hermoso lleva:
—Mira! mira! Te dice papaïto!...
¿pero no ves qué lengua?
Te dice papaïto! papaïto!...
Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—
Y en efusivo arranque,
loca á su pecho con pasión lo aprieta
¡comiéndoselo á besos
en su ternura maternal, deshecha!

. . . .

Con el sano apetito

de saludables hembras,
las soñadoras vírgenes
comen y ríen con la boca llena...
comen, aman y ríen,
se persiguen gritando, cantan, juegan...
rojas están del sol y de alegría...
¡las amapolas son de la pradera!...
Atraidos los hombres
por la alegría y el amor, las cercan,
las arrullan amantes... ¡y al oido
de las vírgenes llega,
como secreto aviso de ignorados
placeres que se esperan,
la anunciación sagrada de la vida
á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

. . . .

Y todos alborotan, todos cantan...
¡es la bandada suelta!...
Y entre el rumor alegre de los corros

dispersos en el llano y en las peñas,
apagando la nota persistente
de las humanas quejas,
¡la canción de la vida, en un suspiro
de conquistada libertad, se eleva!

. . . .

. . . .

¡Bendígaos Dios, familias!... Con vosotros
eternamente la ventura sea!
Apuestos hombres, bulliciosos niños,
madres de amplias caderas
y encantadoras vírgenes, tesoros
de vida y de promesas:
¡reid, gozad, amaos
en perdurable fiesta!...
¡Corros, salud! ¡Salud, esplendorosas
flores humanas á la vida abiertas!...

— ———

La canción de la añoranza

Desenfrenado el temporal violento
reina en la costa brava...
con ira el mar, de sus revueltas olas,
en las peñas el vértigo desata:
ya sobre ellas se tiende
como un amante de caricias bárbaras...

¡ya sus frentes altivas
corona fieramente con las espumas blancas!

. . . .

Del bergantín soberbio
que hizo arribar al puerto la borrasca,
á la puesta del sol, sobre cubierta,
celebrando el domingo, los marineros danzan...

Su danza es alegre,
flexible, gallarda...
su mùsica es simple, ¡pero es como el aire
del mar y los campos, de pura y de sana!...

Con un dejo triste,
la fiesta acompañan
la tarde que muere, los sordos rumores
del mar en la costa y el viento en las jarcias...

La danza es alegre, la música alegre;

pero hay en la fiesta visiones extrañas
y en el bronco sonar de un pandero,
monótono y blando, cadencias nostálgicas...
¡Tal vez pone el recuerdo amoroso
de los seres queridos que aguardan
las naves ausentes
en costas lejanas,
la gota invisible
que todo lo amarga!...

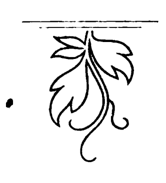
Danzan enardecidos
cual si evocaran
y vivieran su vida
toda, en la danza...
Danzan... Sus movimientos
rítmicos hablan...
¡Quizás se remontaron
del sueño en alas
y en derredor del baile
surge la patria!...

Y al son plácido traido de sus costas,
la visión querida pasa...
la de aquellas venturosas dulces noches
del hogar, nunca olvidadas...
la de tiernas
infantiles remembranzas...
¡la de amores delicados y constantes
que se llevan escondidos en el alma!...

Y al son plácido, los hombres
que serenos arrostraron la borrasca,
se estremecen y suspiran
en su danza...
¡se estremecen y suspiran porque ante ellos,
sonriëndo tristemente la visión querida pasa!...

Y en la tarde melancólica que espira,
por los tintes de su cielo precursora de bonanzas,
al rumor del mar bravío que violentamente ruge
y al acorde cadencioso de las jarcias...

al son bronco del pandero que repite
su monótona y constante nota amarga,
misteriosa...
sin palabras...
como soplo de caricia de otras tierras,
¡gira en torno de la nave la canción de la añoranza!...



La canción del yunque

I.

Alegrando los valles
el alba asoma
y el yunque, su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Junto al camino puso el herrero
su fragua tosca,
la negra fragua
de fauces rojas...
Canta el herrero
y el fuelle sopla...
su voz es limpia como los puros timbres del yunque...
¡canta el herrero, dios de la forja!...
Y el forjador que el hierro
candente doma,
batiéndolo, sus golpes
sobre él redobla...
Canta el herrero,
dios de la forja:

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,
porque soy hierro...
¡pero es que tú, zagala de labios rojos,
eres el fuego!»

Su amor y su trabajo
siempre amorosa

compendia y acompaña
la alegre nota...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...
¡la canción argentina
que el yunque entona!

. . . .
. . . .

Cuantos más golpes recibe,
más intensas puras ondas
lleva el yunque de su acento por los valles,
frescas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque
son las notas,
repetidas dulcemente por los ecos de los valles,
claras, tenues, delicadas, vagorosas,
ya cercanas
ó remotas,

como quejas, como voces de los tristes
que soportan
resignados la tortura de los golpes
de una vida dolorosa...
¡como quejas, como voces de almas puras
que en las penas se acrisolan
y que viven dulcemente
la tristeza de amarguras misteriosas!

. . . .

. . . .

II.

Alegrando los valles
el alba asoma
y el yunque, su argentina
canción entona...
Tin tán! tin tán! tin tán!
tin! tin! tin!...

Pasaron por el valle

las alegrías, las penas hondas...
como racha de viento
pasó la vida, fugaz, ruidosa...
pasó callada después la muerte...
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...
¡por compañera
su fragua tosca!...

Desde entonces el herrero ya no canta:
con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja
y á los golpes del martillo,
la canción del yunque sola,
repetida dulcemente por los ecos de los valles,
dá sus notas
¡frescas, limpias,
insistentes, delicadas, vagorosas!...



La canción de las madres

La canción de las madres
es una delicada
canción de besos...
breve canción que dura
lo que los hijos
en el regazo...



los hijos tiernos,
¡hermosos y fugaces
como las flores!...

Junto á la cuna
cantan las madres;
su canción es caricia,
queja, suspiro...

«La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡ni los ángeles tienen
tan dulce el sueño!...»

Madres!... fuentes purísimas;
manantiales de amor, inagotables;
Madres!... madres!... misterios
de inefable ternura;
sagrados vasos de la vida; santas!...
Yo me prosterno ante vosotras, beso
donde pisais y os rindo

mi adoración en elevado culto.

. . . .

. . . .

Cantan... en el regazo
tienen al hijo...
¡y en éxtasis lo miran
y lo amamantan!...
Cantan las madres:

«¡Cuanto se quiere un hijo,
Dios de mi alma!...
¡Cuanto te quiero, carne
de mis entrañas!...»

Y la vida le dan en el supremo
deleite del amor... ¡le dan su sangre!...
¡Fuentes purísimas!...
¡sagrados vasos de la vida! ¡oh senos!...

. . . .

. . . .

Hermosos y fugaces
como las flores,
vuelan al fin los hijos
desde el tibio regazo de las madres:
los unos á los cielos,
los otros por la tierra,
y espira la canción... Cruél impuso
la pena su silencio...
¡pero aun puede escucharse,
preñada de ternezas infinitas,
la canción de las lágrimas!



La canción de las tristezas

Tristezas fecundantes, tristezas melancólicas,
amores misteriosos y vagos del espíritu
que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,
germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristezas, pesad sobre mis hombros...



venid enamoradas... venid voluptuösas...
echad sobre mi rostro la sombra de las penas,
poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,
como hablan los amantes en la callada noche,
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!
con la pasión sincera de los amantes ciegos,
secretas confesiones hacedme enamoradas,
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.

. . . .

. . . .

Así las evocara y en la secreta noche
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte,
»aquello que se alcanza no nos hará felices,
»del perennal deseo tan solo existe el goce...
»¡de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

»Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!
»las del amor intenso, las del amor que mata,
»más amorosas cuanto más de nosotras huyen,
»teniendo para todos caricias dolorosas...

»Somos la inestinguible pasión que en todos late,
»suplicio al par que goce y aliento de la vida,
»nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,
»que sufre la inefable tortura del deseo.

. . . .

. . . .

»—¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas!—
»muriéndose de amores el hombre suspiraba,
»en tanto que abstraidas en sus amores vanos

»las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

»Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...
»El hombre suspiraba:—¡Dadme los besos todos!...—
»¡Nosotras recogimos en el amargo cáliz
»de la infinita pena, sus inefables ansias!...

. . . .

. . . .

Cantaron las tristezas después más débilmente
las místicas ternuras de los deseos idos...
Con lánguida sonrisa, con desmayado acento
cantaron melancólicas... ¡Cantaron añorantes!...



La canción de los trigos

Han granado ya los trigos
y se muestran opulentos...
¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granado!... Sazonadas las espigas
se inclinaron, y agitadas por el viento,
cosas trágicas cantaron



tristemente, gravemente, con susurros de misterio...
«No nos venda al oro el hombre
»ni haya más oro que el nuestro...
»todos gocen las cosechas
»que los campos dan espléndidos...
»no nos guarden codiciosos
»en sus trojes los perversos
»y que teman, si nos guardan,
»la venganza justiciera de los buenos...

Y los amos
que se hallaban al acecho
y escucharon los rumores
de los trágicos acentos,
reclutaron segadores y los trigos
se quedaron en silencio
á los golpes de las hoces, que tendidos en los campos
hechos haces, los dejaban como muertos.

. . . .

. . . .

Han granado ya los trigos
y atiborran los graneros,
celebrando la codicia satisfecha de los hartos,
¡los hambrientos!...
Resignados, melancólicos, turbada
la alegría soberana de la tierra, con el dejo
de fatales, de mortales pesimismos,
suenan lánguidos y tristes sus cantares á lo lejos...
«Dios dispuso así este mundo
»y no tiene el mal remedio:
»Hizo Dios ricos y pobres
»y tendrá siempre que haberlos!

Las sangrientas amapolas manchan haces y rastrojos
con matices que creyéranse simbólicos... siniestros!...
y los trigos que aun se yerguen,
se digera que repiten su canción de vago acento
redentora,
saturada de misterio...
»No nos venda al oro el hombre

»ni haya más oro que el nuestro...

Llevan tristes los esclavos á los hombros
las gavillas de los trigos opulentos...
cabecean las espigas de las trágicas canciones,
¡y, en las frentes abrumadas, van piadosas dando besos



La canción del dolor

(Á MI BUEN AMIGO BARTOLOMÉ CORNET.)

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:
¡la canción del amor!

. . . .

. . . .

¡Ay, alma mía! Hay solo una canción:
¡la canción del dolor!

I.

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...

Yo ví tus negros ojos mirarme dulcemente,
yo tuve entre las mías tu mano abandonada,
yo te llegué á besar...
¡Y ví por todas partes miradas amorosas
y manos enlazadas y pechos agitados
y bocas anhelantes buscándose frenéticas
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,
creyendo que la fuente de manantiales puros
que el fatigado espíritu soñara inagotable
para calmar su sed,
nunca jamás podría ser otra que esa fuente
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,
feliz por un momento, porque soñando pasa,
la eterna juventud.

Por eso aquella noche, ciñendo tu cintura
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,
muy solos y muy juntos, te dige tiernamente

sintiéndome feliz:
«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías
y goces el deleite del amoroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del amor!»

. . . .
. . . .

II.

Si tù supieras, alma bendita de mi alma,
las cosas que te guardo, las cosas qne no digo,
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...
¡verías tú, mi amor!
¡Verías tú placeres que me dejaron huellas
de hieles amarguísimas!... ¡Verías tú qué angustias,
con peregrino gusto de mieles delicadas,
devoré con afán!...

¡Verías tú, bendita!... Yo soy aquel que rie
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;

aquel que se embriäga con la nerviosa risa
de argentinado son.
Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,
como la rosa mustia la gota de rocío,
como el ardiente labio la cristalina fuente
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...
la queja dolorida que del cansado pecho
que sufre consumido por el amor humano,
se exhala pertinaz.
Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...
canciones saludables de puros alborozos...
¡pero que llevan dentro del alma que las nutre
la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas
la salmodía triste que con cadencias íntimas
produce en el espíritu, de la exudante angustia,
la obscura vaguedad;

canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo,
como divina esencia de vida palpitante
y germen de ternuras y germen de alegrías,
la nota del dolor.

. . . .

. . . .

¡Si tú supieras, alma bendita de mi alma!...
¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instante!...
No hay fuente como aquella que mana la amargura
para calmar la sed...
Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires
y goces las angustias del doloroso canto,
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna
sublime del dolor!



ÍNDICE

Índice

Páginas

Páginas



OBRAS DEL MISMO AUTOR

EN PREPARACIÓN

La canción de la muerte. . .	Un tomo	}	Poesías
Polen.	Un tomo	}	Poesías
Rebeldes.	Un tomo	}	Poesías
La coplica triste.	Un tomo	}	Dramas
El canto de las lechuzas. .	Un tomo	}	Dramas
La pena duerme.	Un tomo	}	Dramas
El calor del hogar.	Un tomo	}	Dramas



